

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8196

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NUMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Estranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibo, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres. Fleet Street, Mr. C. 166.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 2 de Marzo de 1889

MORALEJA

Alfredo Visado
Aborreció de muerte el chocolate
Y tomó el vicio de chuparse el dedo
Que lo llegó a tener como un tomate.
Viendo ya al pobre padre sin paciencia
Le recomendó «EL BARCO DE VALENCIA»
Y al mes me escribe el padre, que Alfredo,
Perdiendo el feo vicio que tenía,
Ha vuelto a recibir el apetito.
«Esto prueba, lector, por vida mía,
Que aquel que no ha probado a excelencia
De las pastas de «EL BARCO DE VALENCIA»
Es hijo que se está chupando el dedo
Igual que le pasaba al niño Alfredo».

Los café empacquetados y tes de la gran
fabrica «EL BARCO DE VALENCIA» han obteni-
do la única medalla de plata en la Exposi-
ción Universal de Barcelona, y los chocolates
la única medalla de oro.
Representante para las ventas al por mayor
en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez
Risueño, 2, Caridad, Cartagena.

ECOS DE MADRID

1.º Marzo de 1889.

Si cierta esta vez, el astrónomo que nos
anuncia desde hace algún tiempo los ciclo-
nes y temporales, valiente Carnaval nos
espera.

Precisamente para el domingo, es decir
para el primer día de expansión y jolgorio,
pluvió lluvias torrenciales y vientos hur-
acanados.

Toda la sin embargo dispuesto en
Madrid para la fiesta. A los dos lados de la
gran plaza que tiene a sus flancos las
almiradas del Prado, Recoletos y la Caste-
llana están colocadas las sillas de hierro en
que toman asiento los espectadores. Las
modistas arreglan vestes femeninas para
los caballeros que se complacen en disfrazar
de mujeres. En los escaparates de las
almacuerías aparecen las originales y ca-
racterísticas cabezas que recuerdan tipos
protestas, personajes políticos y animales
de todas clases.

Tendría que ver que el tiempo se disfran-
zase a su vez de ciclón y que las nuves
se desmenuasen al ver bajo al viejo este te-
rmino el aspecto rompiese a llover, hasta
obligarnos a permanecer encerrados en
casa y al amor de la lumbre cuando el al-
mabaque nos recuerda que estamos en ple-
no reinado de la broma.

Buen bromazo será el que nos dé el
venerable anciano que todavía nos pintan
con el reloj de arena cuando andan aun-
que a veces se paran—los remontoirs de
nuestro 1.º y 10.º pesetas

Pero el tiempo hay que tomarle como
es, y en último resultado bien pudiera bur-
larse de la ciencia del astrónomo.

Empagamos recordando el brillante ban-
quete que en honor de Bretón han cele-
brado el Círculo Artístico y Literario, la
Sociedad de Escritores y Artistas y la de
Bellas Artes.

Se comió muy bien, pero que no sucede
con frecuencia en los festines y hubo pocos
brindis, lo que prueba que ya se conoce lo
perjudicial que son para que las digestio-
nes sean buenas.

El beneficiado, después de recordar que
en el país de la elocuencia no la conoce ni
por el forro, demostró que si es un gran

compositor es también un hombre de bora-
zón.

¡Qué brindis tan sustancioso el suyo!
Ya le conocen los lectores.

Algunos decían:

—Vale más que la ópera dando por
cierto que la ópera es de primer orden.

Recuerde que Arderius contaba á me-
nudo el cuento de un cesante hambriento
que de resultas de haber pasado un buen
rato contemplando los manjares que había
en el escaparate de un restaurant, tuvo un
terrible cólico.

Se dan casos de que sin comer se indi-
gestan algunas comidas.

Ya es cosa probada.

Asistir al estreno de una obra dramá-
tica que el público revienta según la culta
frase empleada en este caso, es un goce
que no se habría comprendido hace veinte
á treinta años, pero que hoy se explica per-
fectamente.

Pero aun es mayor la satisfacción que
produce ser actor en estos lances, es decir
contribuir á reventar la obra.

Hay gentes que cuando asisten á un es-
treno y se encuentran, lo que sucede rara
vez, con una obra de mérito, hasta lo sien-
ten y de buena gana pedirían que les de
volviesen el dinero.

Obras, ejecutantes y público se com-
pletan.—No tienen nada que echarse en
cara.

No quiero decir nada del crimen miste-
rioso de Carabanchel, porque aunque todo
lo que á él se refiere es la más apetitosa
lectura, suponiéndola de las novelas que
devoran en la actualidad en los folletines
unos cuantos millones de españoles, nada
podría añadir á lo que todos los días refle-
ren los periódicos.

Este triste suceso ha presentado el cua-
dro de muchas familias.

—Será mi hijo? —Será mi sobrino? —
Será mi hermano?

Esto se han preguntado en muchos ho-
gares los que los forman.

Se ve que abundan los *perdidors!*

Pues y el cinismo de los criminales! Ya
habrán visto los lectores con asombro en
los periódicos, el anónimo que ha recibido
el juez instructor. «Todavía se cometerá
otro crimen más horroroso uno de estos
días.» Fastidiarse.

A que situación tan lamentable hemos
llegado. Va á ser preciso multiplicar los
manicomios.

Las estudiantinas se ensayan dando se-
renatas á diestro y siniestro.

Se necesita ser joven, para ir por esas
calles soplando, rasguando ó pándere-
teando con el frío y el viento que hace.

Las pulmonías que son muy callejeras,
se apoderan de los mozos más guapos y
más robustos. Raro es el Carnaval que no
se lleva un 5 por 100 de médicos, aboga-
dos y farmacéuticos en proyecto.

Pero dicen que se divierten y es verdad.
Los pobres padres son los que sufren.

Jaño Nombela.

Variedades.

Soluciones á las cinco charadas de El Eco
de anoche.

1.ª

CAPETA

2.ª

ESCALERA

3.ª

ASIDUO

La Sociedad X ha remitido la solución se-
gunda.

La Sociedad YO ha enviado la de la ter-
cera.

La primera charada no ha habido quien la
acteste.

Charadas

1.ª

Un billar sin prima tres
es como un reloj parado;
mi mujer de dos primera
está vestida en su cuarto.
Cuando la dos repetida
hacia fuera sale, ¡malol!
eso indica que estás viejo,
y en fin lector, es tan claro
el todo de esta charada,
que quizá estés siempre usando,
que me obliga, si no lo hallas,
á decirte.... vamos, vamos!!

2.ª

Primera tres un planeta
quien cuatro tercia no pierde,
es verbo dos y tercera
tres y tres hace quien duerme,
el todo no es luz y alumbra,
nace, vive, crece y muere.

Nota.—En adelante no se insertará charada
alguna, si no se nos remite con ella la solu-
ción.

EL CHOCOLATE

Desde que las costumbres inglesas y fran-
cesas fueron alterando las de los españoles
rancios, el the y el café ocuparon el sitio que
antes correspondía por derecho propio al clá-
sico chocolate, y el aromático producto de la
combinación del cacao y del azúcar fue susti-
tuido en desayunos y agasajos de por la tarde
con la infusión del tostado grano de América
ó de la higiénica planta de China.

Antiguamente, ya se sabía, no había espa-
ñol neto que no se desayunase con el canchón
del chocolate hecho á brazo en casa por el
robusto astur ó leonés, que dejaba caer sobre
la perfumada masa que el cilindro manejado
por sus robustos brazos trituraba, las gotas de
sudor que caían de su frente.

Por las tardes, en los refrescos del día del
santo de los señores graves, figuraban las ji-
caras frías con los vasos de agua de limón
ó naranja, y los platillos de sabrosísimo atmó-
bar.

No había mejor merienda para un fraile de
los buenos tiempos de las comunidades reli-
giosas, que una jicara con *soponazo* muy
espeso, en el que movida la masa de so-
pón de que ha estado durante mucho tiempo
Galatayud la *pasencia*, ó los esponjados
bollos de leche que amañaban las blancas ma-
nos de las monjas del convento de Jesús de
Madrid.

En tiempos de Cuaresma, la colación pre-
ferida de muchos piadosos señores era el

chocolate, seguido de un vaso con agua azul
carada.

Entre las vajillas de las antiguas y nobles
casas de la aristocracia figuraban todavía las
marcelinas, de plata repojada, bandejas que
tienen su sitio marcado para la jicara y el
vaso.

Pero vinieron las nuevas costumbres y en
los agasajos de las casas elegantes figuraba
principalmente el the: para tomar una taza de
the invitaban todavía las señoras, y the se sirve
en las reuniones de cinco á siete y en las que
se prolongan hasta después de las doce.

El sacerdote después de la misa, la devota
después de la comunión continuaron siendo
fieles al chocolate, que tuvo también otras
partidarias que la han perjudicado mucho, las
patronas de huéspedes, que administraban esa
cualquier cosa á que, según dijo un escritor
festivo, llamaban chocolate.

En fin, que con todas estas cosas, lo que
fue delectación de nuestros abuelos, decayó.
¡Qué hubiera dicho uno de éstos si al pedir
chocolate en los cafés Americano ó Napolitano
de París hubiera visto que le servían en una
botella parecida á las que se usan para las co-
hollas de los jicatos, un liquido claro impreg-
nado de perfume de vainilla!

El chocolate á la francesa es, con relación
al clásico chocolate español, lo que á una maja
del riñón de la serranía de Ronda, al inglés
que va á los toros del Puerto con sombrero
calado, fraque y foja; lo que la Carmen puesta
en música por Bizet á la verdadera cigarrera
de Sevilla; lo que á las doñas Pepitas y las
marquesas de Ampegui, de los viajeros franco-
ses que escriben acerca de España, los tipos
nacionales concienzudamente estudiados por
Edmundo Amicis, uno de los extranjeros que
más justicia han hecho á España.

En un libro recientemente publicado en
Francia y que trata de España, acabo de leer
que los señores españoles que vienen de las
provincias á Madrid, están todos de huéspedes
en casa de una señora llamada doña María de
Molina, dama de la más lijada aristocracia,
que tiene por privilegio concedido á su casa
el derecho de alojar y mantener por un mé-
dico precio á los abuelos de la patria mientras
dura la legislación y es preciosa su permanen-
cia en la capital.

Esto dicen hablando de nosotros los que
sustituyeron el Carnaval con la vajilla, y los
que sustituyeron en los salones aristocráticos
el chocolate con el the.

Pero como al cabo de los años se vuelven
las aguas por el solían ir, asistimos ahora al
renacimiento del chocolate en reuniones y
tertulias con especial delectación del buen
D. Miguel de los Santos Alvarez, que ha sido
siempre fiel al desayuno y á la cena de los es-
pañoles rancios.

Este renacimiento le inició hace tiempo la
marquesa de la Romana, y casi se ha consoli-
dado este año, no faltando la mezcla del ca-
cao, canela y azúcar en ningún *buffet* bien
servido.

Anoche misma una distinguida condesa
que no quiere que se hable de ella en letras
de molde, reunió á su círculo, íntimo para
jugar chocolate, y se anunciaron varios choco-
lates aristocráticos para la próxima Cuares-
ma.

El gusto por lo clásico renace por
completo, vamos á ver en los aristocráticos
anchos, en vez del *caviar* ruso, de los *Sand-
wiches* ingleses, de los bombones de París,
todo aquello que D. Nicolás Moratin llamaba
su golosina preferida, cuando decía:

Y así, Donig, al punto
Saca de la dispensa
La almibar lusitana
Con plato á la chinesca.